



MÉXICO

EL franciscano P. Manuel de Navarrete, de quien ya he dicho que tuvo en su patria una representación muy semejante á la de Fr. Diego González en la Península, y que, como éste, miraba con arrepentimiento en los últimos días de su vida los versos pastoriles y amatorios que había escrito, fué un imitador afortunado de los poetas españoles del siglo XVIII, y, al morir él (1809), puede decirse que comenzó á declinar la escuela á que pertenecía.

Al año siguiente dió el grito de insurrección contra España el Cura de Dolores D. Miguel Hidalgo (16 de Septiembre de 1810), iniciándose la guerra de la Independencia, que continuaron otros jefes como D. José María Morelos, también Sacerdote, el español Mina y el Coronel Iturbide. Éste, que tanto se había distinguido en el ejército realista, cambió repentinamente de posición, colocándose al frente de un partido revolucionario que abominaba del liberalismo y quería afianzar las bases del antiguo régimen, concluyendo por nombrar Emperador á Iturbide, que no conservó

su dignidad sino algunos meses y murió fusilado en 1824. México, no obstante, continuó luchando por su emancipación, asegurada al fin por la victoria de Tampico (1829), que sirve de punto de partida á una serie inacabable de discordias civiles y luctuosos choques de banderías opuestas, cuyo epílogo fueron las horribles venganzas de Querétaro á la caída del Emperador Maximiliano (1867). La historia externa de México se ha reflejado en su literatura, y no cabe prescindir de la filiación política de los autores al estudiar sus obras.

Los sucesos de la guerra separatista fueron cantados por mediocres poetas como D. Francisco Sánchez de Tagle, D. Wenceslao Alpuche, D. Francisco Ortega, D. Andrés Quintana Roo y D. Joaquín María del Castillo y Lanzas, todos los cuales distan de Olmedo tanto como Hidalgo ó Iturbide de Bolívar, pero en conjunto vienen á significar algo parecido á una transición del clasicismo al romanticismo¹.

Imitaron desde luego á Zorrilla, Espronceda y García Gutiérrez dos autores mexicanos, D. Fernando Calderón (1809-1845) y D. Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842), uno y otro aquejados de la tristeza y la inquietud características del período literario á que pertenecen; uno y otro también aficionados á la poesía lírica y á la dramática. Calderón dió á las tablas su primera obra representable cuando apenas contaba diez y ocho años; durante su residencia en México fué discípulo de Heredia y vió aplaudidos sus dramas *El Torneo*, *Ana Bolena*, *Hernán* ó *la vuelta del Cruzado*, y su comedia *Á ninguna de las tres*. Rodríguez Galván no tuvo tiempo, por lo prematuro de su muerte, para perfeccionar con el estudio de los modelos, de Shakespeare sobre todo, á cuya lectura se consagró tardía y

¹ De D. Manuel E. Gorostiza y sus comedias he hablado en el tomo I (págs. 71-74).

apasionadamente, las cualidades de que estaba dotado. Ninguna de sus obras escénicas, *Muñoz, visitador de México* (1838), *El privado del Virrey* y *La Capilla* valen lo que su *Profecía de Guatimoc*, donde, á pesar de las incorrecciones, late un estro vigoroso y elevado que vuela por regiones fantásticas con el señorío y la majestad del vidente.

Coexistió con las primeras manifestaciones del romanticismo, que sólo en época posterior llega á adquirir prestigio é importancia, una tendencia á la imitación de los clásicos latinos y los españoles del siglo xvi, que nunca ha desaparecido en México, y que era la dominante en la Academia de San Juan de Letrán, fundada en 1836 con el nombre del colegio donde celebraba sus reuniones. Figuraron en esta asociación individuos de opuestísimo criterio, conservadores y liberales, católicos y librepensadores, y no faltó entre los últimos quien osara hacer una apología del ateísmo ¹.

Eran los principales representantes de la escuela contraria D. José Joaquín Pesado (1801-1861) y Don Manuel Carpio (1791-1860), igualmente religiosos, unidos también en el propósito de llevar al arte el espíritu y las ideas á que rendían culto, pero separados por las aptitudes que los distinguían, y porque gustaba tanto el uno de la sobriedad como el otro de las brillanteces descriptivas y las pompas de estilo y lenguaje.

Pesado ², después de las veleidades revolucionarias de su juventud, se convirtió en atleta infatigable de la Religión, arrostrando las iras de sus enemigos, que no han respetado la fama póstuma del valeroso polemista, negándole toda condición de poeta, exagerando sus defectos, que son á veces los de sus contemporáneos, y envolviendo su nombre en una atmósfera de antipatía y animadversión injustas.

¹ Ignacio Ramírez en su Discurso de recepción.

² *Poesías originales y traducidas*. Tercera edición, corregida y notablemente aumentada.—México, 1886.

Al cantar el amor con dejo suave de idealismo petrarquista; al pintar el suelo y las costumbres del Anahuac; cuando pulsa la cuerda de la poesía moral y filosófica, aunque abandonándose en ocasiones á la aridez abstracta del raciocinio; cuando traduce los libros poéticos de la Biblia ¹, y celebra los misterios de la Fe cristiana, y sigue los pasos de la inspiración dantesca, la musa de Pesado no arrebatada ni seduce con la sublime fuerza que es patrimonio de los genios creadores, pero brilla con luz modesta y apacible, sin oscilaciones bruscas, dejando transparentar el concepto espontáneo y la pasión noble y delicada por medio de una forma sencilla y generalmente correcta. Tal sencillez degenera á veces en prosaísmo, así como la corrección no es cabal por el abuso de la sinéresis y por algunos otros vicios prosódicos que no deben imputarse al autor, sino al lenguaje corriente de su patria.

Achaques son éstos comunes á las composiciones de Carpio ², en las que desentonan más porque contrastan con el lujo y la exuberancia de los adornos invariablemente prodigados en cualquier asunto. Quien pensaba que la poesía se encierra toda en imágenes y afectos, y que el pensamiento propiamente dicho pertenece á otro distrito, el de la Filosofía ³; quien, por otra parte, circunscribió el espacio inmenso de la misma habilidad escenográfica, retratando el paisaje oriental con insistencia morosa en casi todos sus cuadros bíblicos y en otros de carácter profano, y haciendo de la historia un arsenal de descripciones, presentadas con

¹ Para su versión del *Cantar de los cantares* sirvió algo á Pesado la italiana del carmelita Evasio Leone, y para la de los *Salmos* tuvo presente á Mattei; pero no hay derecho á acusar de plagio á quien sólo fué imitador, y no siempre, como demostró el Obispo Sr. Montes de Oca, ante la Academia Mexicana, con razones que compendia en el prólogo á la última edición de las *Poesías* de Pesado.

² *Poesías del Sr. Dr. D. Manuel Carpio, con su biografía*. Cuarta edición.—París, 1877.

³ Palabras de D. Bernardo Couto en su *Biografía* de Carpio.

Los humanos sacrosantos fundados
en esta Academia — 1836

arreglo á un sistema uniforme, andaba expuesto á incurrir, como incurrió, en la monotonía, aunque es más fácil absolverle de esa falta que de la flojedad en la estructura de los versos, y de la llaneza familiar y candorosa con que á lo mejor anula ó debilita el efecto de una situación dramática y una idea feliz.

Junto á la caudalosa vena descriptiva de que Carpio hace alarde en *El Diluvio*, *La destrucción de Sodomá*, *Castigo de Faraón*, *Paso del Mar Rojo*, *El Monte Sináí*, *La Pitonisa de Endor*, *Cautividad de los judíos en Babilonia*, *La cena de Baltasar*, *La destrucción de Ninive*, *Ruina de Babilonia*, etc.; junto á la profusión de detalles que tienen por objeto hacer tangible la realidad externa y deslumbrar los sentidos con las evocaciones de la fantasía, radiantes de luz descompuesta en mil vistosos matices, palpita una corriente mansa de sentimentalismo que brota del corazón del poeta, conmovido por la voz apasionada ó lastimera de sus personajes. Carpio, que no expresa directamente las intimidades de su propio espíritu, nos las permite adivinar en los episodios entreverados en sus narraciones, en la simpatía con que le atrae la desgracia.

Para confirmar lo que he dicho sobre esta fase, que no se suele apreciar, de la inspiración de Carpio, trasladaré un fragmento de la mal llamada *oda El Turco*, que es realmente una oriental parecida á las de Arolas hasta en los defectos:

.....
 Ora tal vez la hermosa en blando lloro
 Mojará su blanquísima mejilla,
 Y, suelto al aire su cabello de oro,
 Sobre la tierra hincada la rodilla,
 Acaso volverá sus ojos tiernos
 Y *entrambas* manos á esta triste orilla;
 O *qué sé yo*, si al resplandor *divino*
 De esa luna tranquila y apacible,
 Asida al brazo de un rival amado,
 Palpará su corazón sensible,
 Como otras veces palpité á mi lado.

.....
 ¿Qué me importa sin ti la blanca nube
 Volando incierta por el aire leve?
 ¿Qué los *grandes* y verdes platanares
 Que *fresco* el viento vagaroso mueve,
 Si nos separan los inmensos mares?
 ¿De *qué me sirven* los jacintos rojos,
 El lirio azul y el loto de la fuente,
 Si no los han de ver aquellos ojos,
 Si no han de coronar aquella frente?

.....
 Nunca, *jamás*, me olvidaré en mis días
 De cuando hablamos por la vez postrera:
 —¿Me olvidarás por otra?—me decías.
 —¿No llorarás por mí cuando me muera?—
 En tanto se agitaba tu semblante
 Y cambiaba de formas y colores,
 Trémulo enmudeció tu labio *bello*,
 Las lágrimas rodaron de tus ojos
 Y en tu alba frente se erizó el cabello.

.....
 Del turco en tanto ya la voz desmaya;
 Y al ver que el mar no cuida de su pena,
 Vase á lo largo de la triste playa,
 Arrastrando el alfanje por la arena.

Defendían los mismos principios que Pesado y Carpio, aunque no participaban de iguales aficiones y aptitudes, el historiador D. Lucas Alamán, que ha dejado una obra ¹ de no escasa reputación; el Obispo Munguía, á quien se llamó exageradamente el *Balmes mexicano*, y el canonista D. José Bernardo Couto.

En *La Cruz*, *El Católico*, *La Vox de México*, *La Sociedad Católica*, *El Tiempo* y otras publicaciones han ido apareciendo las firmas de muchos autores católicos que en literatura representan el clasicismo templado, y que en su mayoría valen más como eruditos que como poetas.

¹ *Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*. México, 1849-1852.—Cinco volúmenes.

Uno de ellos, D. Alejandro Arango y Escandón (1821-1883), Director que fué de la Academia Mexicana, insertó en *La Cruz* y publicó luego aparte el mejor estudio que se ha escrito acerca de Fr. Luis de León, tan notable por sus luminosas apreciaciones como por la elegante sencillez del estilo, y procuró seguir en sus *Versos* al inmortal agustino, huyendo del énfasis retórico, aunque no siempre del defecto contrario.

D. José M. Roa Bárcena, también atildado y fácil prosista, publicó en 1862 un tomo de *Leyendas mexicanas y cuentos y baladas del Norte de Europa*. El actual Obispo de San Luis de Potosí, D. Ignacio Montes de Oca, se ha consagrado especialmente al estudio de la literatura griega, del que son fruto sus versiones de Píndaro, Teócrito, Bion y Moscho. El Presbítero D. Joaquín Arcadio Pagaza, ferviente admirador de los clásicos latinos, imita sus primores de forma con inteligencia y gusto, si bien con nimia fidelidad, que llega hasta pedir prestadas al latín voces que no puede admitir nuestro léxico, y giros idiomáticos que rechaza nuestra sintaxis.

En otro orden de actividad literaria descolló el doctísimo D. Joaquín García Icazbalceta (1825-1894), á quien deben su país y todo el mundo culto la *Colección de documentos para la historia de México*, la publicación de la *Historia eclesiástica indiana*, del Padre Mendieta, el *Estudio biográfico y bibliográfico* en que ilustró y vindicó la memoria del Obispo Fray Juan de Zumárraga, la *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, la reimpresión de dos obras tan importantes como los *Diálogos latinos* de Cervantes Salazar y los *Coloquios espirituales* de Fernán-González de Eslava, y otros trabajos de peregrina y bien aprovechada erudición.

Omitiendo, en gracia de la brevedad, muchos más nombres de los que pudieran escogerse para ampliar el cuadro de la significación literaria que ha tenido la

escuela conservadora en México ¹, paso á hablar de la que ha inscrito el mote de libertad en su bandera, y cuyos prosélitos ocupan casi exclusivamente las dos antologías de poetas de aquella República divulgadas entre nosotros ² con anterioridad á la de la Academia Española. No hay que buscar en este grupo una dirección uniforme, incompatible con el individualismo que en él impera, sino más bien la comunidad de ideales y de cierto empuje torrencial de expresión, imitado de los románticos españoles y franceses, y sobre todo de Víctor Hugo, por quien ha habido en México tan frenética idolatría como en las Repúblicas sud-americanas.

Puede pasar como uno de los representantes más caracterizados de la escuela liberal el político y juriscónsul D. Ignacio Ramírez (*El Nigromante*, 1818-1879), si se atiende á sus opiniones fría y radicalmente heterodoxas; pero sus versos, por lo común, son bastante premiosos, indóciles á la ley de la rima, y sólo por excepción expresan con entera propiedad el pensamiento, aunque dejen entrever la mano del hombre docto y versado en materias de arte.

Fué indio de pura raza, como el anterior, el célebre militar y tribuno D. Ignacio M. Altamirano (1834-1893), cuyas *Rimas* y cuyos escritos en prosa, juntamente con la influencia que ejerció como maestro de una pléyade no exigua de escritores y fundador de numerosas publicaciones y sociedades, le conquistaron gran reputación literaria. *Los Naranjos* y *Las Amapolas*, para no citar otras poesías menos típicas é inspiradas, proceden de un temperamento y una fantasía

¹ Léanse las *Correspondencias* que en 1878 comenzó á enviar D. Victoriano Agüeros, actual Director del periódico *El Tiempo*, á *La Ilustración Española y Americana*.

² *Poesías líricas mejicanas, coleccionadas y anotadas por Enrique de Olavarría y Jáuregui* (tomo 45 de la *Biblioteca Universal*).—*La Lira mejicana*, por D. Juan de Dios Peza.—Madrid, 1879.

abrasados por el amor sensual que se desborda en anhelos y quejas voluptuosos, al arrullo de las palomas que descansan en los verdes tamarindos, en medio de las palmas que se juntan á las caricias del viento, y bajo los estímulos de un sol que enciende la sangre en las venas. Este género, que tantas quiebras tiene, así morales como artísticas, y el descriptivo, que también cultivaba Altamirano, le ofrecieron ocasión de lucir sus dotes de versificador pulcro y abundante.

José Rosas Moreno (1838-1883), supo idealizar en su colección de *Fábulas* lo que hay de refractario á la poesía en la severidad didáctica, señalándose como lírico por la dulzura sentimental de que rebosan las estancias de *La Juventud*, *La vuelta á la aldea*, los sonetos *En el álbum de mi hermana*, *El Zenzontle* y *La Primavera*. Para el teatro escribió los dramas *Flores y espinas* y *Sor Juana Inés de la Cruz*, y las comedias *Nadie se muere de amor*, *Los Parientes*, *El Pan de cada día*, y otras.

Viene pasando, hace ya bastante tiempo, por Nestor de las letras mexicanas y respetado Mentor de la juventud, y por el poeta más popular de su país, cuya historia y cuyas costumbres han sido objeto casi constante de su inspiración, el antiguo socio de la Academia de Letrán Guillermo Prieto, en quien, á decir verdad, no podemos apreciar los lectores que no somos compatriotas suyos el mérito derivado de circunstancias locales, pero sí las incorrecciones en que abunda, sobre todo cuando escoge temas elevados.

La pasión erótica, dominante en la poesía mexicana, ha tenido dos intérpretes asiduos en Luis Gonzaga Ortiz y Manuel M. Flores (1840-1885), autor este último de las *Pasionarias*, y ambos dotados de exuberante imaginación puesta al servicio de una languidez muelle y sibarítica, que semeja desvanecimiento sensual engendrado por la profusión de aromas, colores y sonidos. La narración bíblica de Flores, *Eva*, compite

en lujo y esplendidez, en dulzuras onomatopéyicas y en todos los halagos de la forma exterior, con las descripciones más brillantes y animadas de los románticos españoles.

También cantó el amor, pero como ideal entrevisto y no realizado á que se da eterna despedida, el infeliz Manuel Acuña (1840-1873), que, al suicidarse en la flor de su juventud, nos dejó adivinar lo que hubiera sido su ingenio dentro del cauce de una sólida educación moral y literaria, cuando, preso en el fango del materialismo determinista, acertó á escribir los tercetos *Ante un cadáver* y el *Nocturno á Rosario*, tan vigorosos los unos y dignos de mejor empleo, como henchido el otro de trágica grandeza, á pesar de algunas expresiones prosaicas. Podrá negarse que haya poesía en las ideas de que los elementos de un cadáver se transformen en granos de trigo y en el pan que hace falta en el hogar abandonado, ó de que una mariposa salga de las grietas del sepulcro para llevar los ósculos del muerto á la que fué su idolatrada compañera; lo que está por encima de toda discusión es la maestría de Acuña para sacar del tema todo el partido posible.

Con posterioridad á los autores de que he hecho mención, han comenzado á brillar muchos otros, de los cuales sólo escogeré los más notables, para abreviar este recuento enojoso.

Tiene algún parecido con Acuña, por sus tendencias filosóficas, un discípulo de Comte y Spencer, Justo Sierra, cuya genialidad, no obstante, le lleva á las alturas de la idealidad vaga y la sutileza conceptuosa, desde donde aspira menos á conmover que á deslumbrar.

Al género narrativo se dedican especialmente el General Riva Palacio y Juan de Dios Peza, que con igual empeño, y alguna vez en colaboración, han tratado de robar al olvido los recuerdos locales, las tradiciones y leyendas de su patria, y de dar vida artística á los hechos culminantes de su historia, formando una

especie de romancero nacional erudito. Peza ¹ se distingue por varios otros conceptos, prodigando alternativamente los tesoros de la elevación moral y la ternura afectiva; y si en sus composiciones de compromiso nos ofrece bastante hojarasca inútil, también nos deleita con flores de peregrina hermosura, no cortadas en ajenos pensiles, sino espontáneamente nacidas con el riego de los sentimientos propios y al calor de un alma abierta á todas las impresiones estéticas de la realidad. La sección de sus obras rotulada *Cantos del hogar* es la más agradable y característica, por el sello de difícil facilidad y cariño ingenuo que se trasluce en el mismo abandono del lenguaje y en la falta de lima, falta en que no se fijarán mucho los lectores de *Fusiles y muñecas*, *Reyerta infantil*, *En el cielo y en la calle*, *Noche Buena*, etc.

El autor de los *Romances históricos mexicanos*, y de la serie de rimas becquerianas que lleva el título de *Ecos*, D. José Peón y Contreras, no debe la fama de que goza á sus producciones líricas ó narrativas, sino á las teatrales, con que ha hecho reverdecer los lauros de Alarcón y Gorostiza, aunque sin el espíritu personal y creador de los grandes maestros, y limitándose á reanudar la interrumpida tradición romántica que iniciaron mucho antes en México F. Calderón y Rodríguez Galván, ó más bien á imitar una de las maneras de Echegaray. En el drama *La hija del Rey* (27 de Abril de 1876) aparece una misteriosa heroína que ha debido su nacimiento á los ilícitos amores de Felipe II, y se plantea una lucha de celos entre dos rivales, que resultan ser padre é hijo, muriendo el último asesinado por orden del primero, que sólo conoce su desgracia cuando no la puede remediar. Por la naturaleza de los ele-

¹ Han publicado recientemente sus *Poesías completas* los hermanos Garnier (París, 1891-1892). Esta edición, en tres tomos, única reconocida por el autor, abunda, sin embargo, en erratas tipográficas de bulto.

mentos trágicos, por la contextura del plan, el efectismo y la exuberancia de galas líricas, coincide la obra de Peón y Contreras con *La esposa del vengador* y otros dramas similares de la misma infatigable pluma. Muchos son los que el autor de *La hija del Rey* ha compuesto posteriormente, entre ellos *Un amor de Hernán-Cortes*, *Hasta el Cielo*, *El sacrificio de la vida*, *Gil González de Ávila*, *Juan de Villalpando*, *Impulsos del corazón*, *El Conde de Peñalva*, *Por el joyel del sombrero* y *El Capitán Pedreñales*.

Resta sólo mencionar una escuela novísima, á cuyos adeptos no cuadraría mal el nombre de *parnasianos*, por la habilidad técnica de que hacen alarde, y que los induce á convertir la rima en algo más que un adorno de la expresión poética, en algo sustantivo con existencia propia é independiente, y á que tributan culto especial, como á la misma diosa de la armonía, en una de sus primeras encarnaciones accesibles á los sentidos. Dentro de esta escuela figuran, aunque separados por la distancia exigua del respectivo gusto individual, Salvador Díaz Mirón, cuyo numen bravío é indómito se extiende á su placer por las asperezas de las luchas sociales, aunque recientemente ha cantado las desdeñadas caricias del amor; Manuel Gutiérrez Nájera, que acaba de fallecer y que también obedeció en sus rimas á ese doble impulso de lo grandioso y lo delicado; Manuel Puga y Acal y Franciso A. de Icaza, que se ha dado á conocer en las publicaciones y los centros literarios de Madrid, donde imprimió la colección de sus poesías ¹.

En vez de analizar las de los autores que he nombrado, y atendiendo á lo que todos ellos tienen de común, afirmaré en resumen que su prolija labor de pacientes diamantistas está á dos pasos del amaneramiento, y que el laudable empeño de abrillantar la estrofa

¹ *Efimeras*, 1892.

como ascua de oro, los conduce con frecuencia á un resultado muy distinto del que pretenden. La índole del sistema poético á que me he referido se conocerá por los siguientes versos de Díaz Mirón:

.....
 Sacro blandón que en la capilla austera
 Arde sin tregua, como ofrenda clara,
 Y consume su pábilo y su cera
 Por disipar la lobreguez del ara;
 Vaso glorioso en donde Dios resume
 Cuanto es amor, y que, *para alto ejemplo*,
 Gasta y pierde su llama y su perfume
 Por incensar en derredor el templo;

 Ave fénix que en fúlgidas empresas
 Aviva el fuego de su hoguera dura,
 Y muere convirtiéndose en pavesas,
 De que renace victoriosa y pura.....
 ¡Eso es el bardo en su fatal destierro!
 Cantar á Filis por su dulce nombre
 Cuando grita el clarín: ¡Despierta, hierro!
 ¡Eso no es ser poeta ni ser hombre!
 Mientras la musa de oropel y armiño
 Execra el polvo por amar la nube,
 Y hace sus plumas con la fe de un niño
 Y hacia un azul imaginario sube;

 El numen varonil entra en la arena,
 Prefiriendo al delirio y al celaje
 La ciudad con sus ruidos de colmena
 Y el pueblo con sus furias de oleaje;
 Y contempla la tierra purpurada,
 Y toma y alza con *piedad sencilla*
 Un montón de esa arcilla ensangrentada...
 Y ese montón de ensangrentada arcilla
 Adquiere vida entre su mano estoica,
 Vida inmortal y fulgurantes alas,
 Y en él respira una belleza heroica,
 Como en la estatua de la antigua Palas ¹.

¹ Bien se ve que, sin parar mientes en otros defectos que los de la forma, aun podría hallar una crítica minuciosa más de lo que yo he señalado; lo cual no obsta para que haya en los fragmentos transcritos ideas y versos muy felices.

La novela ha tenido en México pocos y no muy afortunados cultivadores, entre los cuales se cita á Fernando Orozco, Florencio M. del Castillo, los Generales Altamirano y Riva Palacio, José T. de Cuéllar y José Peón y Contreras. El tomo de *Varios cuentos*, por Roa Bárcena, y la narración de costumbres parisienses *Al Cielo por el sufrimiento*, escrita por D. José Manuel Hidalgo, han obtenido elogios de Valera en una de sus *Nuevas Cartas americanas*.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apdo. 2623 MONTEREAL, MÉXICO